

Manuel González Sosa

viernes, 01 de diciembre de 2006

Modificado el viernes, 22 de agosto de 2008

Manuel González Sosa

En

el año 1958, Manuel González Sosa fundó en Las Palmas una colección poética que, aun teniendo en cuenta su vida efímera, ocupa un lugar decisivo en la poesía de la última posguerra. Gracias a los Pliegos de San Borondón -tal era su título- accedió a la vida pública un grupo de jóvenes poetas que, andando el tiempo, se convierten en nexo fundamental entre la poesía de posguerra propiamente dicha y las jóvenes generaciones de poetas nacidos a partir de los años cuarenta.

En el año 1958, Manuel González Sosa fundó en Las Palmas una colección poética que, aun teniendo en cuenta su vida efímera, ocupa un lugar decisivo en la poesía de la última posguerra. Gracias a los Pliegos de San Borondón -tal era su título- accedió a la vida pública un grupo de jóvenes poetas que, andando el tiempo, se convierten en nexo fundamental entre la poesía de posguerra propiamente dicha y las jóvenes generaciones de poetas nacidos a partir de los años cuarenta. San Borondón dedicó sus entregas a Felipe Baeza, Arturo Maccanti y Manuel Padorno, escritores que con el propio González Sosa abandonarán la rigurosa dictadura de la poesía testimonial inmediatamente anterior (que, en cierto modo, también ellos cultivaron) y, sin abdicar del compromiso directo con la historia que aquélla había asumido, ni rechazar tampoco su característica expresividad (la urgencia, la solicitud, los interrogantes fundamentales de la existencia...), se esforzarán por imponer a su obra una mayor exigencia reflexiva, una mayor serenidad, y operar con el lenguaje desde una posición abiertamente experimental, si bien no todos lo hacen con la misma intensidad. En estos poetas debe destacarse, por encima de toda otra cosa, la superación de la contingencia inmediata de los temas y la voluntad metafísica que alienta en su escritura; la dimensión más profunda y abarcadora que encierran sus acercamientos a la realidad; el individualismo, en fin, del que todos parten para avanzar -en un proceso explícitamente conceptual- hacia una plenitud solidaria derivada de la cada vez más exigente exploración de su tiempo y de su lenguaje. Una poesía que acepta el reto de la historia, pero que no renuncia por ello -todo lo contrario- a una perfección estética cada vez más exigente. A esto se refiere Ventura Doreste cuando, al hablar de Manuel Padorno, diga que para contar -para desarrollar narrativamente su discurso poético- el poeta «acude a lo significativamente lírico y utiliza un procedimiento de eliminación y potenciación, con lo cual se acrece la intensidad emotiva». Para añadir inmediatamente que Padorno «no describe con fiel objetividad lo que ve, sino que elige intuiciones y palabras, construye un verso admirable». Procedimientos todos ellos, como se ve, que exigen una dejación de lo inmediato, de lo propiamente narrativo, para favorecer la dimensión poética, trascendente, de la palabra; que exigen igualmente un esfuerzo intelectual sobre el lenguaje y sobre el poema como unidad significativa y estructural. Eliminar, elegir, dar intensidad nueva a la palabra, dejarse poseer de las intuiciones; el poema como ámbito de expresión lingüística que resulta ser, de esa forma, un ámbito de exploración de la existencia. Poesía conceptual más que comunicativa, pero nunca insolidaria; poesía - como escribe Miguel Martínón- «como medio aventurado de indagación y conocimiento».

[Leer más ...](#)